

## Discurso del Dr. Alfredo Martínez Moreno

Señoras y señores:

Para don Miguel de Unamuno, según el criterio de lúcidos comentaristas de su vida y obra ejemplares, la base de la hispanidad no es la raza, sino la lengua.

En efecto, la raza española es una mezcla de diversas estirpes étnicas, - el fermento de numerosas inmigraciones y del valioso aporte indoamericano, pero lo que identifica, en forma granítica, la comunidad hispánica, es su lengua admirable, que aglutina en el sentimiento y el pensamiento -en una especie de conciencia nacional integrada- a más de una veintena de pueblos hermanos y distintos.

Tiembla de emoción la fibra ancestral castellana cuando se lee esa joya de soneto que la orfebrería poética del rector salmantino esculpió con el nombre - de La Sangre del espíritu. Oigámoslo con recogimiento y fervor hispánicos:

" La sangre de mi espíritu es mi lengua  
y mi patria es allí donde resuena  
soberano su verbo, que no amengua  
su voz por mucho que ambos mundos llene.

" Ya Séneca la preludió aún no nacida,  
y en su austero latín ella se encierra;  
Alfonso a Europa dio con ella vida,  
Colón con ella redobló la tierra.

" Y esta mi lengua flota como el arca  
de cien pueblos contrarios y distantes,  
que las flores en ella hallaron brote

" de Juárez y Rizal, pues ella abarca  
legión de razas, lengua en que a Cervantes  
Dios le dio el Evangelio del Quijote".

Esa lengua bienamada y bendita se dignifica en estos momentos, cuando UCA Editores, con acierto singular, ofrece a la intelectualidad y al público salvadoreños, una obra pulcramente impresa, de una narrativa especial, que eleva acumbres respetables la novelística nacional: Yo soy la memoria, de Hugo Lindo.

Es de estilo en Europa que cuando se publica un nuevo libro, los editores inviten a una ceremonia, en la que un amigo del autor presenta a éste y a su obra. Siguiendo acertadamente tan atinada tradición foránea, UCA Editores nos ha convocado esta tarde para presentar este fruto, lozano y maduro, del talento creador de Hugo Lindo, y conociendo por otra parte mi admiración por el autor - y la amistad que con él me vincula, me ha dado el honroso encargo de ser yo el introductor del mismo.

Considero innecesario presentar en detalle a un escritor que es sin duda - en la actualidad uno de los más completos hombres de letras de El Salvador, ya que él dedica su esfuerzo creador a todos los géneros literarios y en todos se destaca, especialmente por el manejo preciso y elegante del idioma.

Hugo Lindo ha sido y es poeta y narrador, periodista y catedrático, orador y ensayista, crítico y elaborador de antologías, autor de tratados jurídicos y conferenciante sobre temas filosóficos, declamador, sobre todo de sus propios versos, y al igual que Samuel Johnson, el dictador literario inglés de su época,

un conversador erudito, ingenioso y amenísimo, que lo ha hecho favorito en los salones diplomáticos y en las tertulias de Madrid, Santiago de Chile, Bogotá y San Salvador.

Lindo nació, creció, maduró y es fundamentalmente poeta, un poeta en el genuino sentido de la palabra, un cantor que a la perfección de la forma y a la riqueza de las imágenes une un hondo contenido filosófico. En otra ocasión dije que por la pureza del estilo y la exactitud del lenguaje, bien podría decirse que él es un poeta parnasiano, pero la delizadeza de sentimientos y sus temas de profunda dimensión humana no lo hacen un simple cultivador del "arte por el arte", como Leconte de Lisle o Teófilo Gautier, sino un bardo que, en su escala de valores, pone a la belleza al lado de la justicia y de la libertad.

Pero él no es sólo -aunque lo sea medularmente- poeta: es también narrador de frondosa imaginación, cuyas novelas y cuentos llevan siempre el sello indeleble del escritor castizo y original.

Hace varias décadas, Luis Alberto Sánchez sentenció, con tonos dogmáticos que América era una novela sin novelistas, pero sin duda a raíz del desarrollo creciente de la narrativa continental en los últimos treinta años, y en especial, del "boom" latinoamericano, en su tratado Proceso y contenido de la novela hispanoamericana, el escritor peruano ha rectificado y concluido en que América es realmente una novela, pero con novelistas.

Sánchez, al analizar las disquisiciones que diversos pensadores han hecho de la novela en general, para delimitar su esencia, sostiene que es imposible clasificarla y separarla de la vida. Para su luminoso pensamiento, la "vida -- presente o pretérita, actualidad o historia, beligerancia o tradición, ella se refleja en la novela. Es su misma sustancia". "Por tanto - agrega- la vida es imposible sin su novela, llámesele epopeya, poema épico, cantar de gesta, comedia, libro de caballerías o novela". Termina Luis Alberto Sánchez afirmando que si la novela no se escribiera, de todos modos "se transmitiría", como la tradición, de boca en boca, Scherezada lo ejemplifica".

El mismo escritor insiste en que América es un campo virgen para el novelista, en donde los escenarios y los temas abundan, y aquél no tiene necesidad de inventar, pues "le basta ser rapsoda, heraldo, eco (para captar) bien el -- mensaje de un mundo pletórico, inédito, inaudito".

Todo ello es en gran parte verdad. Pero a tan insigne tratadista se le olvida un tipo de novela que no es vida presente o pasada, ni actualidad o historia, sino desbordamiento de imaginación hacia el futuro o el espacio, ciencia-ficción, relato con signos de mito o profecía o narración simbólica de una elevada jerarquía espiritual, que trasciende las regiones geográficas o aun al -- hombre actual.

Hugo Lindo ha creado, en Yo soy la memoria, una novela sui generis -su mejor logro narrativo- que no toma la escenografía y la trama de la multiforme - realidad ambiental o de la vastedad temática de este continente, a la vez ar-- diente y glacial, marino y selvático, desértico y exuberante, hambriento y pródigo, injusto y esperanzador, extenso en sus posibilidades y diminuto en sus - realizaciones, en donde habita una gama de pobladores de variados matices étnicos, y al decir de Gallegos, "una raza buena, que ama, sufre y espera".

No, el novelista ha traspasado en esta obra el confín americano, para forjar, con caracteres áureos, un relato distinto, de alcances no regionales sino

ecuménicos y trascendentes: un conflicto entre los Selectos, una minoría de -- dirigentes por su espiritualidad, depositarios del saber, y los Muchos, por cu yo bienestar sirven aquéllos, y luego una pugna entre dos civilizaciones, la - mística y espiritualista, de valores superiores y la de los Otros, una civiliza ción mecánica, codiciosa y lógica.

Todo ello desarrollado en un estilo diamantino, por lo pulido y claro, -- que en algunos pasajes alcanza la euritmia de las melodías clásicas, pues cier tos diálogos llegan a tener tonalidades musicales y los nombres de los persona jes o de las flores tienen destellos líricos. Así, a la virgen adolescente de los dieciocho círculos, heredera del Esteta, la llama Erílida, en tanto que al conservador de la salud y restaurador en caso de desequilibrio lo denomina Sá- lito el Puro. Allí aparecen altas matas de némbulo, bajo las cuales los Venera bles toman el translúcido néctar de sus hojas, y trebilios, las plantas que -- emiten efluvios musicales, o árboles de simbelio, cuya fragancia pone "extra-- ñas e inquietantes rúbricas en el aire". ¡Erílida, Emmadil, trebilio, némbulo, simbelio! Esas voces armónicas nos recuerdan los afanes de Barba Jacob por cin celar palabras sonoras, gratas a su fino oído: acuarimántima, entre ellas.

De Hugo Lindo se puede decir -como dijo el crítico Rocamora de Pemán- que él "rehuye contemplar el fondo cenagoso del lago, porque prefiere descubrir en la superficie el trémulo reflejo de las estrellas".

6 La imaginación del novelista otorga importancia primaria en su relato a - la Ley de Transferencia, o sea al traspaso del saber, de mente a mente y de -- cuerpo a cuerpo, cuando alguno de los Selectos siente que sus facultades inte- lectuales decrecen, a otro ser dotado de cualidades superiores, el Receptor, - la narradora del relato, la Memoria, por ejemplo, recibió la transferencia del tesoro de conocimientos históricos del Venerable Antur, del que "nada de lo -- que es o ha sido, ni de lo que se ha dicho o pensado está fuera de (sus) regis- tros".

Escojo al azar una de las figuras interesantes de esta obra singular: --- Cleón el Esteta, cuya condición "es la suprema realización del artista", porque en su personificación se demuestra con claridad la desbordante imaginación del novelista. La pluma de Hugo Lindo alcanza destellos de luminaria al describir a los artistas de la Raza, que con toda su destreza o inspiración no pueden lle- gar a la esencia superior, hegemónica, del Esteta. Oídla: "Los que tañen instru- mentos con dedos ágiles como alas en temblor; los que, por los corredores y las ventanas del aire que la flauta ofrece, transforman su aliento en fino cántico de trebilios; los que hacen de la palabra un melodioso y dulce chorro de sonidos sujetos a compás y ritmo; los que modelan la greda, esculpen las piedras duras, logrando despertar las imágenes que yacían dormidas en ellas desde el comienzo de los siglos; lo que estampan en lienzos y cortinajes todas las huídas de la - luz y las maroneras del color; las sacerdotisas mismas, que contorsionan en la atmósfera su cuerpos de alabastro o de canela, marcando en el vacío los elemen- tos impalpables de la armonía... todos ellos son artistas. Mas no han llegado a la preeminente condición del Esteta".

Pero Cleón tenía, además la facultad de la Asunción, que sólo se concedía a un ser en cada generación, y que le permitía abandonar su mundo interior para incrustarse en otros seres, en las aves o los árboles, y llegar a emitir, al fun- dirse con ellas, la fragancia de las flores.

Esos pasajes en que un ser puede asumir o penetrar varias personalidades - traen indiscutibles resonancias y nostalgias del Popol Vuh, el libro sagrado - de los quichés. Pero en la novela que comento se pueden encontrar otros paralelismos, aunque sean concepciones originales del autor. Hay en ella, como la -- "danzacantofuego" del coro de las Vírgenes, las sacerdotisas de Méline Etrusca, quienes encienden la fogata ritual para "loar eternamente la sabiduría creadora del Ritmo", resplandores líricos que se comparan con ventaja a los poemas - de las leyendas paganas orientales, en tanto que la predeterminación del destino de los hijos de la Raza, especialmente de los Selectos, con ausencia total - del libre albedrío, para decidir su tendencia hacia el bien o el odio, es un - chispazo acaso de la doctrina calvinista de la predestinación, que impide a -- aquéllos la salvación o el hundimiento. Y hasta hay atisbos admirables de pensamientos filosóficos. Oíd este párrafo: "Y supo entonces lo que no había sabido nunca: que la sabiduría no es hija de la inteligencia, y que a veces la inteligencia es al sabio lo que las montañas al huracán y lo que los diques al río: valladar y limitación, mutilación del impulso, algo que nos impide llegar más lejos o llegar siquiera a ser lo que somos".

Yo soy la memoria es una narración que demanda estudios profundos y penetrantes: es una novela que debe leerse varias veces, pues cada lectura genera asombros inesperados e ideas diferentes y desencadena nuevas sensaciones estéticas.

Es imposible abarcar en poco tiempo y espacio el cúmulo de aspectos interesantes de esta novela, que debo decirlo con convicción, no está escrita para - el gran público, adicto a las aventuras triviales o corrientes, sino concebida por un escritor de minoría para una minoría, aunque sea para esa "inmensa minoría" de que hablaba Juan Ramón Jiménez, y cuya defensa magistral ha hecho, en un ensayo de antología, el poeta español Pedro Salinas, al afirmar que "Los artistas de minoría suelen ser unos cuantos visionarios que coinciden en vislumbrar, sobre el nivel de visibilidad artística de su época, una nueva forma de realización artística, y se arriman para confirmarse en su fe, y ayudarse en - la faena de la salvación de su idea".

La labor de UCA Editores, al publicar como primicia esta obra de Hugo Lindo, como lo hizo anteriormente al editar "Panorama de la Literatura Salvadoreña", de Gallegos Valdés, y el "Guión Antológico de la Poesía Salvadoreña", de Escobar Galindo, y como hará próximamente con los densos volúmenes de Galindo Pohl, sin duda está contribuyendo a destruir ese círculo vicioso de que en --- nuestro país no hay lectores porque no hay libros y no hay libros porque no -- hay lectores, en síntesis, a que poco a poco, los menos se convierten en los - más, y en un futuro de esperanza, en los muchos.

Estoy seguro que esa minoría selecta, como los Venerables de la Raza de Méline Etrusca en la novela que hoy se presenta, tendrá la sensibilidad humanística para apreciar la valía de esta obra fuera de serie, con la que la narrativa de Hugo Lindo alcanza las alturas de estro lírico ya consagrado, y con la - que el escritor dignifica y abrillanta "la sangre del espíritu" y el espíritu de la sangre: la lengua castellana.